

8 Combates entre la memoria y la historia de Chile: Conflictos sobre el pasado reciente

Fernando Camacho Padilla

Fernando Camacho Padilla es profesor del Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo (Suecia). Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla y título de postgrado en "Especialista en América Latina" por la Universidad Autónoma de Madrid. Candidato a doctor por la misma universidad y por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: camacho_f@lai.su.se.

Fernando Camacho Padilla is a Lecturer at the Department of Spanish, Portuguese and Latin American Studies, Stockholm University. He holds a BA in History of the Americas from the Universidad de Sevilla and a postgraduate degree from the Universidad Autónoma de Madrid. He is a PhD candidate at the same university and at the Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: camacho_f@lai.su.se.

Con el restablecimiento de la democracia en Chile, se ha vivido un intenso debate sobre los sucesos del pasado reciente, especialmente en materia de derechos humanos. Desde ese primer momento, el gobierno de la Concertación ha estado realizando determinados esfuerzos en descubrir la verdad de la represión ejercida por las fuerzas de seguridad nacional a través de distintas comisiones que recogían testimonios de víctimas y de sus familiares. Esta labor ha sido contrarrestada por la derecha política vinculada a la dictadura y a las Fuerzas Armadas, dándose así un intenso conflicto mediático durante veinte años sobre el gobierno de Salvador Allende y el Régimen Militar. De esta manera, se han generado una gran diversidad de información que ahora, a través de su confrontación, permiten al historiador no sólo reconstruir de manera rigurosa el operativo del terrorismo de estado en toda su dimensión sino además explicar cómo una buena parte de la sociedad civil chilena permitió dicha situación. En este artículo se presenta, por un lado, la base metodológica para estudiar el pasado reciente en Chile y, por el otro, lado la discusión social sobre cómo hacerlo.

Palabras claves: Chile; derechos humanos; memoria; historiografía; Régimen Militar

The reestablishment of democracy in Chile has seen an intense debate about the events of the recent past, especially on the issue of human rights. From the very beginning, the Concertacion Government has been determined to discover the truth of the repression carried out by the national security forces with a series of commissions that have gathered the testimonies of victims and their relatives. These efforts have been resisted by conservative sectors linked to the dictatorship and the Armed Forces. There has been intense conflict in the media during the past 20 years about events that occurred during the rule of Salvador Allende and the Military Regime. In this regard, a great diversity of information has been produced which, together with the debate evoked, has enabled historians not only to rigorously and thoroughly reconstruct the operation of the state terror but also to explain how a significant sector of Chile's civil society allowed that situation. This article presents, on one hand, different methodological tools in order to study the recent past and, on the other hand, the social discussion on how to do it.

Keywords: Chile; Human Rights; Memory; Historiography; Military Regime

Introducción

En Chile, al igual que en el resto de los países que conforman el Cono Sur, se vive una batalla permanente sobre cómo abordar a través de la memoria y de la historia los hechos ocurridos durante el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) y especialmente el Régimen Militar (1973-1990). La razón está en la complejidad y el horror del pasado junto con el hecho de que todavía vivan una buena parte los responsables, los cuales apuestan por “borrón y cuenta nueva”, es decir, olvidar la historia y mirar adelante. No obstante, el drama de Chile debe insertarse en un contexto más global, es decir, con los sucesos acontecidos en el mundo durante siglo XX y de los cuales Hobsbawn afirma lo siguiente:

The destruction of the past, or rather of the social mechanism that link one's contemporary experience to that of earlier generations, is one of the most characteristic and eerie phenomena of that late twentieth century. Most young men and women at the century's end grow up in a sort of permanent present lacking any organic relation to the public past of the times they live in. This makes historians, whose business it is to remember what others forget, more essential at the end of the second millennium than ever before. (Hobsbawn, 1996: 3)

Chile aparece así como un claro ejemplo de la reflexión de Hobsbawn. El enfrentamiento cotidiano en que se ve inmerso el conjunto de la sociedad sobre sus posturas políticas y sus tradiciones, conforman en sí una serie de variables que se cruzan transversalmente según el lado en que les tocó vivir durante las décadas de los setenta y ochenta, condicionando así su modo de narrar la historia. Entonces, si la izquierda, víctima de la represión ejercida por Pinochet, se dirige principalmente al recuerdo y a la reivindicación de esos hechos, la derecha hace exactamente lo mismo sobre la crisis desatada durante el gobierno de la Unidad Popular, justificando su intervención en la necesidad de salvaguardar la libertad, los ciudadanos, el bien de la república, la

constitución o cualquier otro valor que tenga relación con el Estado. Como bien destaca Hobsbawn, la relación entre gobiernos civiles y Fuerzas Armadas (FFAA) ha sido uno de los principales problemas de la era contemporánea en muchos países (Hobsbawn, 2001: 212), y Chile es uno de ellos.

Durante la dictadura, la izquierda fue víctima permanente de violaciones a los derechos humanos, de exclusión de la vida política y social, y también objetivo de duras campañas gubernamentales y mediáticas de desprestigio. La marginación de la oposición en la vida cotidiana iba marcada por el no reconocimiento de sus condiciones desfavorables y por la permanente humillación.

Con el restablecimiento de la democracia en 1990 y la llegada de la oposición al poder se reconoció oficialmente la responsabilidad del Estado en las violaciones a los derechos humanos con el fin de lograr un objetivo primordial: la reconciliación nacional. Esta nueva realidad definió las reivindicaciones de los dos núcleos opuestos. Si un sector mayoritario de la sociedad reclamaba memoria, verdad y justicia, el otro, menos numeroso pero más fuerte económicamente y militarmente, dueño además de los principales medios de comunicación, apostaba por el perdón y el olvido como únicos mecanismos para lograr la reconciliación anhelada por el gobierno de la Concertación. Si bien es cierto que todavía existen quienes niegan el terrorismo de Estado, la mayor parte de la derecha y de las FFAA admite en parte lo ocurrido². Por dicha razón, este grupo argumenta que el perdón y el olvido son la mejor opción, principalmente para no ser procesados ante la justicia pero posiblemente también por el peso psicológico de culpabilidad de las acciones represivas. En cualquier caso, no es de extrañar que estas dos contrapartes no tengan por qué guardar relación directa con su propia condición ideológica dado que son numerosas las víctimas que han optado por no revivir el trauma de la tortura y/o muerte de algún ser cercano por el dolor que conlleva.

Este artículo presenta las herramientas metodológicas necesarias sobre los usos que se pueden hacer de la memoria y también de cómo escribir la historia de hechos complejos y sensibles como son

las violaciones a los derechos humanos del pasado reciente de Chile. Además, analiza el protagonismo que tienen las dos memorias confrontadas dentro de la sociedad chilena y en qué manera las instituciones que las representan influyen en ella. Para ello se citan algunos de los autores que más han investigado este tema desde su propia disciplina historiográfica, como Hobsbawm, Jelin, Aróstegui, Ricoeur, Sarlo o Stern, entre otros³.

Los desafíos historiográficos de la memoria

En este momento, transcurridos veinte años de la recuperación de la democracia, con una mayor distancia temporal con respecto a los crímenes de lesa humanidad y muerto Pinochet, es cuando la memoria de estos hechos adquiere o se transforma en una nueva dimensión con valor histórico. Un claro ejemplo puede verse en la reflexión sobre los homenajes que se realizan a la figura del ex dictador ya fallecido. En un inicio, los conflictos en torno a Pinochet *post mortem* se generaron sobre cómo debía realizarse su funeral, demostrando las divisiones todavía vigentes en la sociedad chilena. Sin embargo, resulta todavía más interesante observar el desarrollo que está recorriendo la imagen de Pinochet en la actualidad, situación que permitiría publicar un nuevo volumen de su propia serie autobiográfica "Camino Recorrido. Memorias de un soldado" (Pinochet, 1994). Hoy día son escasos los políticos de la derecha que acuden a los homenajes a Pinochet exceptuando aquellos que tuvieron un pasado dentro de las FFAA o un rol determinante en el Régimen Militar. Curiosamente, la crítica que realizan los más fieles a la familia Pinochet no va dirigida a la Concertación o los partidos de izquierda, sino a los dirigentes de la Alianza por Chile⁴ que apuestan por la búsqueda de un entendimiento. Entre las figuras más sobresalientes por su violencia verbal y ataques a la propia derecha se encuentra Luis Valentín Ferrada, quien afirma:

Lo novedoso, lo sorprendente, lo increíble, ha sido comprobar que del secuestro de la memoria nacional y de las adulteraciones groseras sembradas en nuestra conciencia

ciudadana, hayan resultado grandes colaboracionistas unos ciertos chilenos - dirigentes políticos - que abandonando indignamente sus convicciones y posiciones, nos hayan prodigado en estos años todas las demostraciones posibles de una auténtica política de idiotas [...]. Creación a nivel nacional, de un Consejo de Defensa de los Soldados y Policías chilenos. Integrado por abogados voluntarios de todo el país, gratuitamente, este Consejo asumirá la defensa de todos los soldados y policías injustamente perseguidos o que se encuentran actualmente encarcelados como presos políticos⁵.

En este discurso, Luis Valentín Ferrada comete el grave error al confundir memoria con historia, y resulta curioso observar cómo los uniformados se presentan como víctimas de persecuciones injustas por parte de la clase política, repitiendo los argumentos pinochetistas en donde las FFAA aparecen como los grandes héroes de la nación al haber salvado Chile del comunismo. Son las mismas tesis de los militares de los países vecinos que han sufrido regímenes parecidos (Marchesi, 2005: 201). Se trata de una estrategia utilizada con bastante frecuencia por los seguidores de Pinochet para conseguir que la sociedad solidarice a su favor, pero no con demasiado éxito.

Cualquier sociedad, o los individuos que la conforman, pueden hacer memoria de procesos del pasado pero la capacidad y los medios para escribir la historia los poseen unos pocos. Con ello, es evidente que la memoria por sí sola no es historia, si bien ambas tienen características y objetivos similares frente al olvido. Es innegable que la memoria es un primer paso totalmente necesario para poder hacer historia, pero la memoria, especialmente cuando es de transmisión oral, debe ser confrontada cuando sea posible con la documentación disponible sobre el tema y el periodo de estudio. Estas fuentes escritas deben estar dentro de los parámetros de seriedad académica y ser sometidas al sentido común del investigador puesto que no todos los documentos tienen el mismo valor. Como señala Winn:

Historizar la memoria significa someterla a un análisis histórico crítico, y hasta reconstruirla. Y los resultados de ese análisis pueden poner en entredicho la memoria colectiva estudiada, mostrarla como una construcción social o política y no como la verdad sin tacha que sus partidarios atesoran como un artículo de fe (Winn, 2007: 28).

Así, la memoria, como ejercicio mental, es totalmente subjetiva dado que se expone a los hechos que el individuo y/o el colectivo recuerda o quiere recordar en base a sus propias experiencias o demandas⁶. En este sentido, la memoria no es que únicamente pueda estar confundida o falsificada, sino que sea incompleta en distintos aspectos según la experiencia vivida y según las propias necesidades vitales de cada individuo o grupo (Stern, 2004: xxvii). De este modo, la memoria tiene que ser trabajada según las pautas académicas y sometida a crítica (Hobsbawn, 1997: 206-207), y muy especialmente cuando el historiador encuentra discursos muy contrarios entre sí. Igualmente, dado el alto valor histórico que se le otorga a la memoria, es necesario recordar que el fin de escribir la historia del horror no es sencillamente investigar los hechos por sí solos, sino explicarlos para dar a entender cómo fueron posible dentro de su propio contexto (Sarlo, 2005). Es evidente que antes es necesario conocer los hechos, y para ello se tiene que recoger la mayor cantidad posible de información detallada de distintas fuentes y en todas sus dimensiones, por muy dispares que sean las experiencias. Sobre este aspecto señala Ricoeur:

A la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado en como habría sido, pero que ya no es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás (Ricoeur, 2000: 747)⁷.

En definitiva, se trata de lograr un discurso coherente del pasado, en el que han de integrarse todas las voces de sus protagonistas. El problema radica en que la historia, al igual o incluso más que otras disciplinas, se escribe frecuentemente con fines e intereses políticos o sociales, ya sea para justificar procesos o para esconderlos, y eso ocurre especialmente fuera del mundo de la academia (Thompson, 2000: 1).

La calma social ascendente que se está desarrollando en Chile, consecuencia del cambio generacional y del paso del tiempo, va unida al interés que se ha ido generando en Chile durante las dos últimas décadas por estudiar la historia social y cultural de las minorías y de los grupos subalternos, quienes además constituyeron la mayor parte de las víctimas mortales de la represión y una buena parte de los sobrevivientes de la prisión política y de la tortura. La razón está en que fueron ellos quienes militaron mayoritariamente en los partidos de izquierda⁸. Por consiguiente, se debe retomar el debate historiográfico de cómo escribir y, especialmente, explicar los acontecimientos ocurridos durante estos años, sin caer en sensacionalismos ni posicionamientos políticos para lograr así una mayor objetividad. Sin lugar a duda, se trata de un ejercicio complejo el evitar reclamar a favor de las víctimas dada su injusta condición. Además, no se trata de un tema de investigación con una larga tradición historiográfica.

Se debe recordar que fue después del gran desastre ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial cuando los historiadores franceses empezaron a preocuparse por primera vez sobre un periodo tan cercano, para poder así entender cómo se llegó a tal situación. En este aspecto se incluyó por primera vez el tema de los derechos humanos y los crímenes de lesa humanidad ocurridos bajo el régimen nazi. La necesidad de diferenciarse y posicionarse dentro de la historiografía occidental, pero también frente a otras disciplinas académicas como la Sociología o la Ciencia Política, materias más enfocadas al estudio de la contemporaneidad, les llevó a crear la especialidad de “historia del tiempo presente” (Aróstegui, 2004: 21). Como tema novedoso, una

de las principales críticas que tuvieron que afrontar los historiadores que empezaron a abordar este periodo fue la dificultad en mantener la frialdad y la imparcialidad sobre una época de la que ellos mismos eran parte, para lograr así la objetividad que les era cuestionada y exigida por la historia como cualquier otra disciplina académica. Este sentimiento ha sido el común denominador de grandes historiadores que reconoce las limitaciones que implica investigar el siglo XX (Hobsbawm, 1996).

Dentro de estudios sobre esta temática, los historiadores generalmente no disponen de la cantidad suficiente de fuentes necesarias que guarden relación con el objeto de estudio, de modo que no se puede historiar en toda su dimensión. Un claro ejemplo resulta ser la última fase de la solución final del nazismo, pues al no quedar ningún sobreviviente de quienes pasaron por las cámaras de gas, nos disponemos de testimonios de lo ocurrido (Primo Levi, 2005). En el caso de Chile se repite el fenómeno con aquellos que no sobrevivieron la tortura, quienes fueron ejecutados y/o lanzados desde el aire. No obstante, con esto no se quiere decir que se debería escatimar la investigación o menospreciar la validez académica del trabajo historiográfico puesto que una cosa es hacer investigación rigurosa a partir de las fuentes de las que el historiador dispone y otra cómo se aplica el método historiográfico. Además, la principal labor del historiador es estudiar y profundizar aquellos procesos que resultan ser más desconocidos para la sociedad partiendo de la idea de que nunca se podrá contar del todo, que no se podrá cerrar definitivamente y que siempre se generarán distintas versiones y posiciones frente al pasado.

Una segunda rama relativamente reciente de la historia, y vinculada al presente tema de estudio, es la microhistoria. Esta modalidad analiza cualquier tipo de evento, fenómeno o individuo del pasado y su principal característica es la reducción de la escala, es decir, investigar al más mínimo detalle todo aquello que rodea su objeto de estudio, pues por intrascendente que parezca es posible que tenga una gran trascendencia. Es decir, se analizan los sucesos individuales dentro de su propio contexto y espe-

cialmente dentro de su cotidianidad. Así, Serna y Pons destacan:

[...], una inspección superficial revela [...] la falta de una auténtica precisión conceptual, de modo que los espectadores y los posibles seguidores proponen definiciones no siempre coincidentes. Esto es, no hay un todo conocido, incontrovertible y universal. Por el contrario, con aquello con lo que contamos es con fragmentos que pueden darnos idea de una totalidad que está por revelar (Serna y Pons, 2000: 16).

En lo que se refiere a escribir historia sobre procesos políticos autoritarios y especialmente sobre violaciones a los derechos humanos, la microhistoria adquiere un rol muy significativo para que se puedan entender procesos complejos y asimismo poco conocidos por haberse mantenido en secreto dada su propia naturaleza. Si los detalles importan para entender los procesos históricos, en este caso tendrían aún más relevancia. La clandestinidad y la complejidad en la que operó la represión obligan al historiador a buscar hasta el más mínimo detalle para poder entender así la lógica del operativo del terror, donde el factor psicológico tenía, además, funciones represivas específicas. Por otra parte, fuera de su contexto no se puede vislumbrar la magnitud de estos hechos. El problema que enfrenta el académico a la hora de hacer microhistoria de la represión es la dureza de conocer las técnicas del secuestro, la tortura, la violación y el asesinato, entre otros procedimientos. La obligación del historiador de tener que trabajar con fuentes primarias sobre estos acontecimientos es un trabajo difícil de realizar dada su sensibilidad y constituye una razón importante por la cual buena parte de los historiadores prefieren no tratarlo. Por eso, no ha de extrañar si entre ellos se encuentran investigadores que estuvieron envueltos en el proceso en algún momento de su vida.

Hacer historia de procesos con poca documentación escrita, como fue la represión en Chile, obliga al historiador a entrevistar al mayor número posible de personas que se vieron envueltas en él,

tanto víctimas como verdugos, lo que le conduce a insertarse en la técnica y metodología propias de la historia oral. De esa manera, el historiador adquiere el conocimiento de cómo debe realizar entrevistas que le proporcionen la información realmente necesaria sin perderse en otros temas que le llevarían a una pérdida de tiempo o a la confusión. Igualmente, reflexiona no sólo sobre las respuestas en sí, sino sobre la manera en que el entrevistado responde, lo que quiere expresar mediante la comunicación no verbal a través de gestos o silencios que en temas como éste adquieren gran significación. Así, la historia oral ofrece variables y aspectos que por lo general no se encuentran en la documentación y que resultan de extremo interés para comprender el proceso de análisis y que por determinadas razones han quedado excluidas de la documentación escrita (Thompson, 2000).

En cualquier caso, la información recibida es filtrada a través de los mecanismos metodológicos académicos y contrarrestada con otras fuentes. En ocasiones simplemente se somete al juicio del sentido común porque la experiencia brutal a la que fueron expuestas las víctimas de la represión les ha llevado a desequilibrios psíquicos que alteran sus propias concepciones de la realidad, y en otras ocasiones, especialmente las declaraciones de los verdugos, aparecen claramente como justificantes de su actuación. Con las entrevistas se observa que hay víctimas que tienden a aumentar la jerarquía que tenían dentro de sus organizaciones políticas y también a magnificar las vejaciones a las que fueron sometidas. En otros casos resulta todo lo contrario, altos dirigentes tienden a minimizar la responsabilidad que tenían e igualmente la intensidad de las torturas a las que fueron sometidos. Este fenómeno ocurre con más frecuencia entre las mujeres que sufrieron violaciones por agentes de las fuerzas de seguridad y que esconden tales delitos por el peso psicológico que les supone reconocerlo (ICNPPT, 2004: 252).

Del mismo modo, el historiador está condicionado a los límites impuestos por los códigos de ética en los que se tiene que regir la investigación puesto que, en ocasiones, descubrir y difundir algunos

acontecimientos de la historia puede tener consecuencias negativas para determinadas personas o instituciones. El historiador se enfrenta con el dilema de mostrar la cruda realidad de determinados procesos o ser cómplice de su silencio y olvido. Así, la confidencialidad de los testimonios ocasionalmente pone en entredicho la validez de sus descubrimientos, puesto que no puede mencionar la fuente. Además, con frecuencia se le pide al investigador no revelar determinada información, especialmente en hechos relacionados con dinero y/o violencia que todavía hoy podrían ser presentados ante la justicia o utilizados como argumentos sólidos por sus opositores.

La construcción de la memoria en Chile

Mientras transcurre el paso del tiempo, todas las sociedades reflexionan y sacan conclusiones de los hechos recientemente vividos. En países donde no hay grandes diferencias ideológicas y donde no se han vivido procesos violentos internos se suele reconstruir la historia con posturas no demasiado dispares las unas de las otras. Por el contrario, en países donde se han pasado por violentas experiencias entre distintos grupos, ya sea por razones políticas o étnicas, y donde todavía ambos coexisten en importante número, las visiones de los hechos rara vez no son contrapuestas. Los estados suelen realizar esfuerzos en construir una historia común haciendo concesiones a ambos bandos, por lo general favoreciendo al más fuerte. Este es el caso de la mayoría de los países de América Latina que han sufrido duras dictaduras militares durante la década de los sesenta, setenta y ochenta, como son los casos de Argentina, El Salvador, Guatemala, Uruguay, Brasil o Chile.

Desde el retorno de la democracia se han vivido distintos periodos de recuperación de la memoria, habitualmente vinculado a factores políticos y judiciales. Durante el Régimen Militar varios académicos comenzaron a publicar trabajos sobre las violaciones a los derechos humanos, principalmente en el extranjero. A partir de 1990, aparecen también en Chile aunque en un primer momento su repercusión no resultó ser muy significativa. Por ello se

puede afirmar que el mayor impacto en la sociedad vino del esfuerzo realizado por el gobierno a través de las distintas comisiones de la verdad, exceptuando la enorme trascendencia que tuvo la fortuita detención de Pinochet en Londres en 1998, y que causó un “boom” literario en la temática al cabo de pocos meses⁹.

Resulta interesante observar como poco después de producirse el golpe, la mayor parte de la izquierda chilena logró hacer una autocrítica preguntándose qué salió mal, donde ya los factores externos no eran los únicos causantes del fracaso de la Unidad Popular. La autocrítica ha ido evolucionado desde entonces hasta el día de hoy y por la misma razón muchos abandonaron las tesis marxistas de la década de los sesenta y setenta, y cuyo ejemplo político se encuentra en la misma Concertación. La derecha, por el contrario, no hizo una autocrítica hasta varios años después del cambio de gobierno, posiblemente por la dificultad de reconocer las violaciones a los derechos humanos y civiles. Es decir, los errores de la izquierda son insignificantes frente a la gravedad de aquellos cometidos por la derecha. Además, la permanencia del modelo político y económico impuesto por Pinochet después de 1990 les permitió conservar su actitud durante varios años. No obstante, la gran cantidad de información aparecida en las últimas dos décadas sobre las violaciones a los derechos humanos a través del trabajo de la justicia, de las distintas comisiones de la verdad y de los propios testimonios de represiones ha hecho innegables los crímenes cometidos. Por ello, varios líderes de la derecha conscientes de sus objetivos, y posiblemente con fines electorales, han condenado los hechos del pasado en busca de lo políticamente correcto.

En las explicaciones de las FFAA sobre las violaciones a los derechos humanos se encuentra una contradicción muy interesante a destacar. Por un lado, Pinochet, los restantes Comandantes en Jefe y altos oficiales, afirman que las muertes y torturas producidas en cautiverio fueron el resultado de los excesos perpetrados por sus subalternos mientras ejercían sus funciones durante la guerra contra la subversión, de los que, evidentemente, no tenían

ningún conocimiento. Por el contrario, la oficialidad baja y media argumenta que simplemente siguieron las órdenes de sus superiores y de los manuales de guerra estudiados en las academias militares. En cualquier caso, tanto los testimonios de los sobrevivientes como las confesiones de algunos uniformados, demuestran que ambos argumentos son correctos y por lo tanto todos culpables.

Entre los factores políticos de la búsqueda de la verdad, se encuentra el compromiso personal de los presidentes que han gobernado desde 1990 hasta la actualidad. Frente a ello, un factor condicionante ha sido la posición mantenida por las FFAA, factor que ha dependido principalmente del grado de autonomía que los militares disponían en ese instante, aunque claramente decreciente desde su misma salida del poder. El avance de las causas abiertas en los tribunales de justicia en Chile, y muy especialmente a partir de la detención de Pinochet en Londres en 1998 y su posterior procesamiento en Chile, ha hecho que se recupere numerosa información sobre el operativo represor, vital para los familiares y también para los historiadores.

El derecho a la verdad se encuentra además contemplado como uno de los derechos fundamentales del hombre por la declaración de las Naciones Unidas de 1948. Por esta razón, el derecho a la verdad ha sido desde los primeros casos de tortura, desaparición y asesinatos, una reivindicación permanente para la mayor parte de la sociedad civil y especialmente para los distintos organismos de derechos humanos y las asociaciones de familiares de las víctimas del terrorismo de Estado. Según Todorov:

Los individuos y los grupos tienen el derecho de saber, y por lo tanto de conocer y dar a conocer su propia historia; no corresponde al poder central prohibírsele o permitirsele. [...] No corresponde a la ley contar la Historia; le basta con castigar la difamación o la incitación al odio [...] (Todorov, 2000: 16-17).

Como se comentó anteriormente, rescatar los hechos del olvido crea enfrentamiento entre quienes tienen distintas versiones de lo ocurrido, especial-

mente cuando representan a sectores opuestos. La memoria se utiliza en estos casos para defender, justificar o reivindicar el honor de los dos grupos opuestos. Desde el Estado se ha buscado una neutralidad de los hechos con el objetivo de lograr la reconciliación, donde se reconocen y denuncian distintas posturas de ambos grupos. No obstante, resulta interesante observar la progresiva evolución de esta postura oficial durante los últimos años, relacionada además con la entrada en retiro de los principales responsables de la represión y la consecuente progresiva subordinación de las FFAA al poder civil. Si el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (CNVR) hacía numerosas concesiones a los militares minimizando el número de víctimas e incluyendo a su equipo figuras vinculadas con la derecha, en el siglo XXI la realidad es bien diferente. La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura no incluyó a ninguna personalidad vinculada con el mundo castrense y las conclusiones de su informe fueron más tajantes contra las FFAA sobre su responsabilidad durante el terrorismo de Estado.

El peso y el poder de las dos memorias en la actualidad

Una característica de la sociedad que diferencia a Chile de otros países con experiencias similares es el alto porcentaje de ciudadanos que mantienen su fidelidad electoral a los responsables y colaboradores del Régimen Militar. Si bien es cierto que durante los años de la dictadura una buena parte del proceder del aparato represor era conocido por un considerable núcleo de la sociedad chilena, la relación mayoritaria de las víctimas y de las organizaciones de derechos humanos con sectores de izquierda condicionaba su veracidad para los sectores no politizados por no mencionar quienes estaban cercanos a las FFAA. Éstos representan hoy un núcleo nada desestimable tal como se muestra más adelante. Por lo tanto, debido a la magnitud de los dos grupos contrapuestos prevalecientes en el país y siguiendo el término de “las dos Españas” definido recientemente por Santos Juliá (2004), en el caso que aquí se presenta, igualmente puede hablarse de

“dos Chiles”, uno conservador y tradicionalista, y otro libertario y progresista, “que usan el pasado, colocando en la esfera pública de debate interpretaciones y sentidos del mismo. La intención es establecer / convencer / transmitir una narrativa, que pueda llegar a ser aceptada” (Jelin, 2002: 39). No obstante, no se puede olvidar que la división política de la sociedad chilena empezó a acentuarse en un mayor grado desde principios del siglo XX, aunque Chile siempre se caracterizó por la enorme diferencia económica entre la oligarquía y el proletariado. En cualquier caso, durante el siglo XX existió la alternativa de centro, en un primer momento con el Partido Radical y posteriormente con la Democracia Cristiana, concentrando aproximadamente un tercio del electorado. Esta situación se fue modificando con la politización ocurrida durante el gobierno de Salvador Allende y especialmente el Régimen Militar, prevaleciendo hasta el día de hoy. La división sobre la memoria pasado es la variable que más confronta a los chilenos en la actualidad (Huneus, 2004).

Esta polarización de la sociedad chilena puede visualizarse con claridad a través de las distintas elecciones realizadas en los momentos clave del gobierno de la Unidad Popular y el fin del Régimen Militar. Por citar algunas de ellas, se observa como en marzo de 1973 las elecciones parlamentarias dieron un 43,7% de los votos para el gobierno de la Unidad Popular y un 54,7% para la oposición denominada Confederación Democrática, donde se agruparon el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano (Arrate y Rojas, 2003: 109), faltando así una tercera alternativa. En la elección del Plebiscito de 1988, después de quince años de dictadura, el 54,7% votó a favor de la Concertación por el NO y un 43% a favor de Pinochet (Huneus, 2002: 587). Curiosamente encontramos las mismas cifras invertidas pero la característica más importante es que en la elección de marzo de 1973, la Democracia Cristiana era opositora a la Unidad Popular y por sí sola recibió más del 29% de los votos, mientras que en 1988 se presentaron como opositores a Pinochet. Este dato refleja que la izquierda y el centro político perdieron un número

significativo de votos a favor de la derecha, que a pesar de perder en 1988, creció en número de seguidores. En cualquier caso, la disminución de votos de izquierda en 1988 se debió a razones como la no aceptación del Plebiscito por un sector que lo consideró como una estrategia más de Pinochet para mantenerse en el poder, y por lo tanto se abstuvieron de votar. Además, los chilenos que vivían en el exterior, unos 500.000, no podían participar en el referéndum según la nueva Constitución de 1980, por no mencionar aquellos que habían sido por entonces asesinados. Igualmente, Pinochet pudo hacer una campaña más extensiva porque contó con más recursos económicos y el apoyo de los principales medios de comunicación del país. La Constitución favoreció además el bipartidismo político en el país, imitando el modelo norteamericano con el fin de “generar más estabilidad política”.

Curiosamente hoy día la diversidad de los medios de comunicación ha empeorado en Chile respecto a finales de la década de los ochenta y la década de los noventa en beneficio de la derecha. La razón está en que la mayor parte de las revistas y diarios de izquierda han desaparecido al no contar con ingresos económicos. Dentro del actual sistema democrático no reciben más la ayuda proveniente del exterior destinada a las voces alternativas al régimen dictatorial. Además, las principales empresas del país, cuando no son directamente las propietarias de los medios, únicamente hacen gastos de publicidad en aquellos ideológicamente afines a sus intereses, revelándose así como uno de los poderes fácticos del país. El Estado por su parte también concentra su publicidad en los principales diarios del país controlados por la derecha, *El Mercurio*¹⁰ y *La Tercera* y en su propio periódico *La Nación*. Frente a ello se ha alzado el director la revista *Punto Final*, Manuel Cabieses, denunciando la situación en la Fiscalía Nacional Económica¹¹. Así, la memoria del Chile conservador tiene más cabida y voz en el día a día que quienes sufrieron su represión. Además, dichos medios poseen la capacidad de ocultar los avances de la justicia, de imponer modas y necesidades claramente ficticias, de crear corrientes de pensamiento y de desviar la atención de la

sociedad a otro tipo problemas, por lo general, no relevantes. Es decir, distraen a los lectores con otros tipo de información para conseguir el olvido de sus crímenes o de sus responsabilidades históricas. Ello forma parte de un interesante fenómeno universal que hace unos años fue denunciado en el trabajo “La tiranía de la comunicación” (Ramonet, 1999).

La educación es igualmente responsable de narrar y explicar lo sucedido durante el pasado reciente. Pero la Educación Superior en Chile es costosa y la mayor parte de las universidades son privadas. Si bien hay universidades que enseñan en profundidad los hechos ocurridos durante los últimos 40 años en el país, éstas no corresponden al sector mayoritario. Entre aquellas que se ofrecen cursos de especialización en temas de memoria, derechos humanos e historia del tiempo presente, se pueden destacar a la Pontificia Universidad Católica de Chile, la Universidad de Chile, la Universidad de Santiago de Chile, la Universidad Diego Portales, la Universidad Academia Humanismo Cristiano y la Universidad Arcis¹². Sin embargo, la mayor parte de las universidades privadas del país están vinculadas al empresariado, y si bien no hay censura reglamentada para el profesor, tienen la libertad de contratar a quien consideren más “adecuado” para el puesto. Por lo general es un individuo que presenta la visión de la historia de sus propios mecenas, ya sea de manera voluntaria o no, por la simple precariedad del empleo y por los riesgos a ser despedido. Además, estas universidades están controladas directamente por partidos políticos de derecha o incluso organizaciones religiosas ultraconservadoras. Conocidos ejemplos son la Universidad del Desarrollo, dependiente la Unión Democrática Independiente; la Universidad de los Andes, del Opus Dei; y la Universidad Finis Terrae, controlada por los Legionarios de Cristo (Monckeberg, 2005). La propia Fundación Pinochet tiene un extenso programa de becas en colaboración con varias universidades en Chile, entre ellas la Universidad del Desarrollo, además de otros reconocidos centros de educación superior.

Conclusión

Este artículo ha intentado presentar algunas soluciones a las dificultades metodológicas que debe afrontar el historiador a la hora de investigar las causas y el desarrollo del terrorismo de Estado en Chile. Por las propias características de los hechos, resulta necesario desenmascarar todas las variables que hicieron posible que crímenes semejantes se pudieran perpetrar durante periodo de tiempo tan largo en una época que el desarrollo de la información y de las comunicaciones alcanzaba dimensiones hasta entonces desconocidas. Era el inicio de una fase donde los procesos históricos empezaban a desarrollarse a gran velocidad y en la que se difundía la información masivamente. La contraparte de este proceso es la minimización y el rápido olvido de los acontecimientos ocurridos por la llegada de otros nuevos.

Como se comentó, la represión en Chile fue una realidad conocida por la sociedad aunque silenciada por un amplio sector. La libertad, la facilidad y la frecuencia con la que la dictadura reprimía a la oposición o a cualquier persona bajo sospecha de perecer a ella, no habría sido posible sin el apoyo social del que gozaban los militares. Y para poder entender este llamativo fenómeno resulta vital no excluir a este sector del análisis histórico de este proceso. El propósito de la historia en este sentido no es otro que evitar la repetición de acontecimientos semejantes mediante la previsión y el entendimiento entre los distintos sectores. No obstante, tanto los historiadores como académicos de las ciencias sociales han de mantener la aparente imparcialidad que les es exigida por la academia pero no por aquella de fines políticos.

El objetivo gubernamental de alcanzar la reconciliación nacional entre los distintos sectores de la sociedad no es más que el instrumento discursivo para conceder a los responsables y sus colaboradores el silencio deseado. Así quedó demostrado con el trabajo de las distintas comisiones al no entregar a la sociedad los nombres de los responsables de tales delitos. Además, la documentación generada durante su existencia ha quedado guardada sin la posibilidad de ser consultada por los investigadores. Es por ello que los investigadores deben

presionar al ejecutivo para lograr acceder a dicha documentación y complementarla o contrarrestarla con los testimonios de los sobrevivientes antes de su fallecimiento.

En cualquier caso, la reconciliación nacional es una meta imposible de lograr tal como ha ocurrido en otros países con experiencias similares. En el caso de España, los protagonistas de la transición pertenecían a una generación posterior a la que luchó durante la Guerra Civil como resultado de los 39 años en los que Franco se mantuvo en el poder. Esa situación permitió que todos los partidos políticos participaran en las negociaciones de la restauración de la democracia guardando los viejos rencores. La reconciliación no puede darse entre sectores que han sido directamente víctimas o victimarios de asesinatos, tortura o prisión por razones políticas por la sencilla razón de la gravedad de los hechos y las consecuencias psicológicas que generan. Por ello, la historia tiene un compromiso fundamental en narrar y explicar todos los acontecimientos en todas sus dimensiones con el fin de lograr un acuerdo y entendimiento entre las futuras generaciones. El silencio y el olvido siempre generan reacciones opuestas, es decir, incentivan la curiosidad en conocer la realidad de los que se intenta esconder.

El propio gobierno es consciente que la magnitud de la represión alcanzó un grado mayor que la presentada por las distintas comisiones de la verdad. Y así, resulta incomprensible que éstas tuvieran existencias tan breves puesto que no pocos casos lograron presentarse a tiempo, y por lo tanto no se les consideró dentro de los informes, tanto en el número de detenidos-desaparecidos, de ejecutados políticos y de sobrevivientes de la tortura y la prisión política. En este punto en concreto, los historiadores deben acompañar las reclamaciones de los organismos de derechos humanos con el fin de descubrir la verdadera historia de los hechos del pasado. Así, dichas comisiones deben ser reabiertas puesto que sin el apoyo gubernamental nunca se crearán equipos de trabajo tan numerosos y profesionales capaces de investigar en profundidad los crímenes masivos del pasado.

Notas

- 1 El autor agradece a Alejandro González sus comentarios en la elaboración del presente artículo.
- 2 En noviembre de 2004 el Comandante en Jefe del Ejército de Chile, Juan Emilio Cheyre, publicó un artículo titulado "Ejército de Chile: fin de una visión" donde, por un lado reconocía los abusos cometidos por las Fuerzas Armadas, y por el otro insistía en la necesidad de desvincular a su institución de ese triste pasado. Entre otras afirmaciones Cheyre destacó que "las violaciones a los derechos humanos nunca y para nadie, pueden tener justificación ética" (La Tercera 5/11/2004). La declaración de Cheyre fue, sin duda, un esfuerzo importante al proceso de reconciliación nacional. No obstante, sectores castrenses y dirigentes de los partidos de derecha, así como un sector de la sociedad, no han aceptado el "mea culpa" de Cheyre y siguen defendiendo el rol asumido por Pinochet tras el golpe de Estado de 1973.
- 3 En este punto se presenta el debate historiográfico sobre los métodos de escribir historia de procesos complejos y sensibles como son las violaciones a los derechos humanos. Es por ello que en este artículo se destacan los historiadores que más se han destacado en esta discusión a nivel internacional. En Chile, este debate es más reciente y son pocos los historiadores que han participado en él, generalmente con posiciones de izquierda. No obstante, se deben citar a Tomás Moulián, Nelly Richard, Elizabeth Lira, Mario Garcés, Manuel Antonio Garretón, Raquel Olea o Pablo Milos, entre otros. Dentro de la corriente de historia del tiempo presente, se destacan los académicos Ángel Soto y Alfredo Riquelme.
- 4 Coalición formada por los partidos conservadores Renovación Nacional y Unión Democrática Independiente.
- 5 Discurso obtenido de Despierta Chile (<http://despiertachile.wordpress.com> [18/3/2008]). Los abogados Luis Valentín Ferrada y, su hijo, Luis Valentín Ferrada Walker son conocidos por los distintos organismos de derechos humanos por ser los defensores de figuras castrenses con una alta responsabilidad de las violaciones a los derechos humanos, como el brigadier (R) Miguel Krassnoff y los oficiales Eric Silva, Rodrigo Pérez, Aquiles González Cortés y Fernando Lauerani. Entre sus clientes también se encuentran militares procesados por el Caso Riggs. El discurso de Luis Valentín Ferrada recoge la posición de un grupo favorable de Pinochet, claramente antidemocrática y nostálgica de las políticas represivas de la dictadura.
- 6 Existen numerosos trabajos académicos sobre el uso de la memoria en el Cono Sur, razón por la que en este artículo no se entra en una larga discusión conceptual. Entre ellos, se destaca la serie de publicaciones Los Trabajos de la Memoria, dirigida por la socióloga argentina Elizabeth Jelin (2002).
- 7 Traducción del autor.
- 8 En cualquier caso tampoco se debe olvidar que numerosos líderes de los partidos integrantes de la Unidad Popular provenían de la clase media o media alta, pero muchos de ellos lograron salir del país con más facilidad gracias a sus medios económicos y sus contactos en el extranjero.
- 9 Un estudio previo de este fenómeno donde se incluyen varias reseñas de las principales obras publicadas a partir de la detención de Pinochet se encuentra en el artículo "Los frutos literarios del caso Pinochet" (Camacho, 2005).
- 10 En este aspecto no es necesario recordar como los diarios conservadores fueron claros opositores al gobierno de la Unidad Popular, entre los que se destacó El Mercurio, controlado por la familia Edwards.
- 11 El proceso abierto por Punto Final se puede seguir fácilmente desde internet (<http://www.puntofinal.cl/634/denuncia.htm> [3/10/2008]).
- 12 Las universidades Academia Humanismo Cristiano y Arcis tienen dificultades económicas y, por lo tanto, cuentan con muy bajos recursos para la investigación en estas y otras disciplinas.

Referencias bibliográficas

- Aróstegui, J. (2004) *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Arrate, J. & E. Rojas (2003) *Memoria de la Izquierda Chilena. Tomo II (1970-2000)*. Santiago: Ediciones B.
- Camacho Padilla, F. (2005) 'Los frutos literarios del caso Pinochet'. *Iberoamericana. Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 35 (2): 25 – 37.
- Cheyre, J. E. (2004) *Ejército de Chile: fin de una visión*. Santiago: La Tercera (http://www.quepasa.cl/medio/articulo/0,0,3255_5664_97370126,00.html [29/06/2009]).
- Hobsbawm, E. (1996) *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. New York: Vintage Books.
- . (1997) *On History*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- . (2001) *Revolutionaries*. New York: The New Press.
- Huneeus, C. (2002) *El Régimen de Pinochet*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- . (2004) *Chile, un país dividido. La actualidad del pasado*. Santiago: Catalonia.
- ICNPPT (Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura) (2004) Santiago: Ministerio del Interior.
- ICNVR (Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación) (1991) Santiago: Andros Impresores.
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Juliá, S. (2004) *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.
- Levi, P. (2005) *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Aleph Editores.
- Marchesi, A. (2005) 'Vencedores vencidos: las respuestas militares frente a los informes 'Nunca Más en el Cono Sur''. En F. Agüero & E. Hershberg (eds.) *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur. Visiones en disputa en dictadura y democracia*, pp. 194 – 200. Madrid: Siglo XIX Editores.
- Miller Klubock, T. (2003) 'History and Memory in Neoliberal Chile: Patricio Guzmán's *Obstinate Memory* and *The Battle of Chile*'. *Radical History Review* Vol. 85: 272 – 281.
- Monckeberg, M. O. (2005) *La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencias*. Santiago: Copa Rota.
- Pinochet, A. (1994) *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.
- Ramonet I. (1998) *La tiranía de la Comunicación*. Madrid: Editorial Debate.
- Ricoeur, P. (2000) 'Histoire et mémoire: l'écriture de l'histoire et la représentation du passé'. *Annales. Histoire, Sciences Sociales* Vol. 55 (4): 731 – 747.
- Sarlo, Beatriz (2005) *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Serna, y Pons A. (2000) *Cómo se escribe la Microhistoria*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Stern, S. J. (2004) *Remembering Pinochet's Chile. On the Eve of London 1998*. Durham: Duke University Press.

Thompson, P. (2000) *The Voice of the Past. Oral History*. New York: Oxford University Press.

Todorov, T. (2000) *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

Winn, P. (2007) 'El pasado está presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo'. En A. Pérotin-Dumon (dir.) *Historizar el pasado vivo en América Latina* (<http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/winn.pdf> [15/5/2008]).